

## Catecismo 612 La agonía de Getsemaní

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

### Punto 612:

**El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la Cena al ofrecerse a sí mismo (cf. Lc 22, 20), lo acepta a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní (cf. Mt 26, 42) haciéndose "obediente hasta la muerte" (Flp 2, 8; cf. Hb 5, 7-8). Jesús ora: "Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz..." (Mt 26, 39). Expresa así el horror que representa la muerte para su naturaleza humana. Esta, en efecto, como la nuestra, está destinada a la vida eterna; además, a diferencia de la nuestra, está perfectamente exenta de pecado (cf. Hb 4, 15) que es la causa de la muerte (cf. Rm 5, 12); pero sobre todo está asumida por la persona divina del "Príncipe de la Vida" (Hch 3, 15), de "el que vive", *Viventis assumpta* (Ap 1, 18; cf. Jn 1, 4; 5, 26). Al aceptar en su voluntad humana que se haga la voluntad del Padre (cf. Mt 26, 42), acepta su muerte como redentora para "llevar nuestras faltas en su cuerpo sobre el madero" (1 P 2, 24).**

Es un texto profundo sobre la agonía de Jesús en Getsemaní, conviene que lo contextualicemos y que recordemos que cuando los evangelios sinópticos describen las tentaciones de Jesús en el desierto, y como Jesús va venciendo una tras otra las tres tentaciones que satanás le propone en el desierto. Cuando finalmente satanás se ve vencido por la obediencia y la fidelidad de Cristo:

Lucas 4, 13: *Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno*

Esta precisión solo la hace San Lucas y nos da a entender que la tentación de satanás sobre Jesús no se limitó a aquel momento del desierto; hubo otros "momentos oportunos" en los que satanás volvió a la carga.

La táctica de satanás es la de esperar el "momento oportuno".

Ahora, satanás juzga que es un momento oportuno: **el de Getsemaní**. Se están precipitando muchas cosas en la conciencia de Jesucristo. Va a ser la propia debilidad de la carne humana –ese instinto de supervivencia, que todos tenemos-, por este instinto la carne se resiste a morir.

También en nuestra vida, satanás, también busca los momentos oportunos: los momentos de flaqueza, donde la acción de satanás puede ser más eficaz.

Las tres tentaciones de Jesús en el desierto van “in crechendo”: de fuera hacia adentro= desde el cuerpo hasta el alma. La primera tentación fue la del pan: “*Haz que esta piedra se convierta en pan*”, Jesús estaba siendo tentado en la apetencia del cuerpo, a la comida. La siguiente tentación: “*todo esto te daré*”, estaba siendo tentado en la complacencia de los bienes materiales.

La siguiente tentación es ya más interior: “*Tírate de aquí...que tus ángeles te cojan...*” siendo tentado en la gloria de la complacencia humana y de un tipo de mesianismo, no de cruz, sino de gloria.

En Getsemaní, ese proceso de tentación llega a lo más profundo de Jesús. Satanás comienza tentándole a Jesús utilizando el instinto de supervivencia que tenemos todo hombre; pero la **tentación, partiendo del cuerpo llega al alma.**

Al fondo la tentación en Getsemaní es por la misma razón de lo que Cristo se dispone a hacer; es como si satanás dijera a Jesús: “¿Para qué sirve lo que va a hacer?, ¿Qué fruto va a tener?, ¿para qué sirve tu entrega?”.

Satanás vuelve a la carga y ante Jesús está repasando todas las traiciones del hombre, empezando por Judas y siguiendo por todos los fracasos o frustraciones de su sangre redentora. Satanás repaso ante Jesús todas las infidelidades de la humanidad, todos los pecados. La tradición ha remarcado que a Jesús le dolieron especialmente los pecados de las personas consagradas; de tantos cristianos que habían conocido la intimidad de Dios y luego le han traicionado. Pecados de sacerdotes que han cometido escándalos:

*“¿Pero eres tú, mi amigo y mi confidente?, con quien compartía todo: ¡tú me traicionas!”*

Satanás insiste: “¿Crees que merece la pena?”. **Esta es la gran tentación.**

Lucas 22, 43: *Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba.*

¿Cómo confortaba el Angel a Jesús? La tradición, en la forma de interpretar este pasaje,: Si satanás le está presentando el supuesto fracaso de su redención; por el contrario el Angel le está consolando haciéndole ver el fruto de su sangre: “*Tu sangre no va a ser inútil, la entrega de Jesús ante Dios, tendrá un gran fruto: ¡Mira a tu madre, mira a María!, solo su “si” merece la pena; mira a los mártires, que darán su vida por ti;; mira a los santo, tanta gente de bien, anónima que tendrá en su sangre su fuente de redención...*”

Hay una prueba interior de Jesucristo es **la tentación de su vocación redentora.**

También nosotros somos tentados de desesperación en nuestra propia vocación: “¿de qué sirve lo que he hecho, de que sirve lo que he predicado a mis hijos...? si no veo el fruto?, ¿De qué sirve los sacrificios que he hecho –levantarse día a día-?”.

Un sacerdote puede decir: ¿De qué sirve mi sacrificio?, si en la parroquia cada vez viene menos gente...

De qué sirve una vida consagrada y entregada si la secularización está ahí.

En la oscuridad de no ver los frutos somos tentados a la desesperanza y a la inutilidad de nuestra vocación.

Esta es la tentación más profunda.

En Jesús no cabe hablar de concupiscencia, entendida como el desorden interior que el pecado original ha generado en nosotros, pero no en Jesús; pero sí que hay un “apetito sensitivo” que es propio de la naturaleza humana, que es bueno. Ahí es donde es tentado Jesús –se puede hablar de una tentación de desesperación-

La tentación llega al interior de Cristo. Es la tentación a seguir un mesianismo de gloria que no pase por la cruz, a una obediencia al Padre que no suponga un sacrificio tan grande... La carne de Cristo es sensible al dolor, y la tentación le hace mella:

Hebreos : *“Cristo habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y suplicas, con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, aun siendo Hijo, sufriendo aprendió a obedecer”.*

Hay aquí un momento clave y profundísimo de la redención, ante el cual tenemos que contemplar y callar.

Este punto del catecismo comienza así: **El cáliz de la Nueva Alianza que Jesús anticipó en la Cena al ofrecerse a sí mismo (cf. Lc 22, 20), lo acepta a continuación de manos del Padre en su agonía de Getsemaní.**

**Hay una aceptación personal en Getsemaní de lo que había anticipado en la última cena:**

Lucas 22, 20: *De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros.*

En Getsemaní hay una resistencia interior a aceptar esto; porque el paso de la teoría a la práctica se da aquí sintiendo la resistencia interna a dar ese pasó.

A veces nosotros también decimos un “sí” con el entendimiento que luego a la voluntad le cuesta aceptar. Incluso decimos un “sí” con nuestra voluntad, que luego a nuestra sensibilidad y a nuestra apetencia le cuesta aceptar. Todos estos pasos del “sí” del entendimiento hasta que se vencen todas las resistencias hay un proceso de aceptación. Este proceso es como la “autenticación” de nuestra propia vocación. Cuando la fe se ve sometida a prueba, parece como que todo se tambalea, es el momento de pasar del “sí del libro” al “sí vital”, y eso cuesta.

En el Libro de Job, al principio, cuando sufre esos embates, los sufrimientos las privaciones...Job la primera respuesta –la aprendida de “memoria, o por la educación recibida- es: *“El Señor me lo dio, el Señor me lo quito. Bendito sea el Señor”.*

Pero ese “sí” que está pronunciando todavía no ha llegado a superar el estallido de una naturaleza que se resiste a aceptar lo que el entendimiento ha dicho: Ha dicho “sí” con la cabeza pero no la ha dicho con el cuerpo entero. En el libro de Job se ve como llegado un momento Job estalla; y del “sí” inicial *El Señor me lo dio...* , en los capítulos sucesivos, se contrapone a una rebelión interna en Job. Ante la prueba se revela. El libro de Job consiste en esa lucha interna hasta que finalmente se somete –no ya, la cabeza de Job,- sino el “Job” entero a la voluntad de Dios.

Apliquemos esto a Cristo; es verdad que en Cristo no existe esa concupiscencia fruto del pecado original, pero si existen los apetitos naturales, propios de la naturaleza humana.

Hay un “horror” en la naturaleza de Cristo de lo que se le viene encima. Le repugna, no le apetece –ni mínimamente-. Nosotros hemos hecho de la palabra “apetencia” un referente último. Jesús asume el proceso de aceptación que todos tenemos que tener: **Lo asume, luego lo redime**: redime, para nosotros, esas luchas interiores que tenemos hasta la aceptación plena: **desde el “sí” teórico hasta el “sí” vital suele pasar un tiempo.**

Lo que el catecismo está señalando en este punto es que: **Al aceptar en su voluntad humana que se hiciese la voluntad del Padre. Atentos: Cristo nos ha redimido con una voluntad HUMANA.**

El acto redentor no es que Dios haya sido obediente a Dios (eso era evidente, no se entendería de otra forma): El acto de redención consiste **en que una “voluntad humana” se ha sometido plenamente a la voluntad de Dios. “QUE NO SE HAGA MI VOLUNTAD SINO LA TUYA”.**

En virtud de esto María previamente había dicho: **“E AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR, HAGASE EN MI SEGÚN TU PALABRA”.** Si Cristo no hubiese dicho eso en Getsemaní, María no hubiese podido decir, previamente aquello: por la gracia de Cristo lo dijo, aunque, todavía, estuviese llegando a su seno: **La gracia del “HAGASE” de Jesucristo hizo posible el “HAGASE” de María.**

Es más, cada vez que nosotros decimos en nuestra vida, con nuestra voluntad humana: “lo acepto” -¡Señor acepto mi enfermedad, acepto mi postración, acepto este fracaso, acepto vivir en paz donde Tú me has plantado...- es gracias a lo que Cristo asumió en Getsemaní lo que nos está redimiendo, y hace posibles nuestras aceptaciones.

Jesús se dirige al Padre en Getsemaní diciendo: ***“Padre mío, si es posible que pase de mi este cáliz”.***

Juan 18, 11: *La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?»*

Hay un sentido teológico de la “copa y el cáliz”, que ya hemos explicado en anteriores comentarios.

Hay otro aspecto, es que no es casual que en Getsemaní estén Pedro, Santiago y Juan, los mismos que estuvieron en el monte Tabor, en la Transfiguración: Los testigos de la **“debilidad de la humanidad”** de Cristo en la agonía de Getsemaní, fuesen también los testigos de la manifestación de la **“gloria de la Divinidad”** en el monte Tabor.

Hay una pedagogía de Dios: La pasión es camino de Gloria. El Señor está educando a aquellos que serán las columnas de la Iglesia, entre la consolación y la desolación. Esto es algo que en la tradición de nuestra espiritualidad –San Ignacio de Loyola y otros Santos- se ha reflexionado mucho, sobre esta “pedagogía” en la que el Señor compagina la consolación y la desolación.

El momento de la “desolación” es el momento de la fidelidad, de la confianza en Cristo y del abandono en El; a pesar de lo que está viendo, siendo testigo de la prueba más amarga: “No debéis de olvidar aquello que visteis en el Tabor”. El “escándalo” de ver a Cristo padeciendo tiene que ser aliviado con el recuerdo del Cristo Glorioso; las dos cosas son necesarias. Esta es la pedagogía divina. No es que sea un momento de desgracia y otro de gracia, no: **los dos son momentos de gracia, y en los dos momentos el Señor nos está salvando.**

Getsemaní es **LA PASIÓN DEL ALMA** de Cristo. Cuando dice Jesús; ***“Me muero de tristeza, permaneced aquí en oración”.*** Jesús está descubriendo su pasión interior, la pasión moral.

Es verdad que esta la pasión física, la pasión del cuerpo, los dolores; pero hay una pasión moral. Esto ocurre también en nuestra vida, y desde nuestra pobre experiencia humana sabemos que es muy superior el sufrimiento moral, al sufrimiento físico (y eso que hay sufrimientos físicos que pueden llegar a ser muy duros). Cualquier padre o madre sería capaz de sufrir “a gusto” físicamente, con tal de privarse de ciertos sufrimientos morales; frente al sufrimiento del parto –el físico- el sufrimiento de ver como un hijo se destroza por las drogas: una madre pasaría “mil” partos si pudiese evitar el otro sufrimiento moral.

Siempre nos ha impactado el sufrimiento físico de la pasión (ha sido representado en el arte: las pinturas, las esculturas, películas, etc.), pero no podemos olvidar que el sufrimiento físico es una mínima parte de lo que es el

sufrimiento moral de Cristo. Es como el Iceberg que asoma una pequeña parte sobre el agua, mientras que la mayor parte está sumergido y no lo vemos.

Para entender esto nos dice el evangelio *“que Jesucristo sudo gotas de sangre”*. Este es un fenómeno que se ha investigado:

Lucas 22, 44: *Y sumido en agonía, insistía más en su oración. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra.*

Es interesante resaltar que solo Lucas relata este hecho, como médico que era le llamo la atención ese fenómeno. Hoy en día “sudar sangre”, en medicina, se llama “Hemato hidrosis”, es un fenómeno raro pero perfectamente documentado; ocurre en condiciones excepcionales: *“es un agotamiento físico acompañado de un trastorno moral, consecuencia de una emoción profunda, de un miedo atroz; es la dilatación y ruptura de los vasos capilares subcutáneos, la sangre se mezcla con el sudor y se coagula sobre la piel después de la exudación, Es como una hemorragia microscópica, dejando la piel como lesionada y dolorida y muy sensible a los golpes”*. (Así lo describe en un texto, un famoso medico en el año 1925).

Es curioso que este fenómeno no ocurriera durante la pasión física de Jesucristo.

Es el peso de esa “copa” al que hemos hecho referencia: el peso de todas las injusticias, de las guerras, de los asesinatos de seres inocentes, de los robos, de los que mueren de hambre por el egoísmo de otros, de las maldiciones contra Dios, de las mentiras, de los insultos, de las desobediencias, del terrorismo, del desamor, de las traiciones...

Todo esto hace que *“es un agotamiento físico acompañado de un trastorno moral, consecuencia de una emoción profunda, de un miedo atroz”*.

Es una lección para nosotros: más que miedo al dolor, hemos de tener miedo al pecado, a apartarnos de Dios. Es el **Santo Temor de Dios**. Ojo! Decimos: “Santo temor de Dios”; no decimos: “Santo temor a Dios”.

Lo dejamos aquí.